

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 3 DE OCTUBRE DE 1920

NUM. 19.240

CUENTISTAS
ESPAÑOLES

LA ALEGRÍA DEL MUNDO

POR R. CANSINOS
--- ASSENS ---



QUELLA tarde de domingo regresa-
ba yo tan triste
a la ciudad, de mi
paseo a la orilla
del río esquilma-
do, en cuyas
márgenes sólo
florecen espigui-
llas áridas que no

logran su maduración, que las piernas me pesaban al subir la cuesta de la parda colina en que los niños remontan sus cometas y las mujeres pobres y cansadas hasta para emprender un paseo dominical se sientan a contemplar el poniente, única fiesta gratuita y pública. Subía yo la cuesta lentamente, hundiéndome con resignación en el polvo de aquellos desmontes, midiendo con mis ojos toda su aridez y contando todos los detritus en él acumulados, cuando un bulto humano, negro y tembloroso, de pie contra la tierra, fijó mi atención misericordiosa: era un bulto informe semejante a un saco negro abandonado allí por algún cargador cansado; pero temblaba, gemía de un modo sordo, como el cuerpo de un expósito conmovido por una vida tierna. Me acerqué piadoso al bulto, y entonces pude ver, ¡oh, dolor inefable!, lo que era. Era una vieja, una pobre vieja enlutada, pequeñita, pálida, tan pálida, que su cara apenas se diferenciaba de la tierra en que se apoyaba; y apoyada en la tierra con ambas manos, como un niño que se acoge al regazo materno, vuelta la espalda al mundo, como quien no tiene siquiera un amigo condescendiente que le escuche una lamentación, lloraba, lloraba silenciosa e interminablemente, como si sus ojos fuesen dos heridas de las que el llanto fluyese de un modo fatal, como fluye una sangre no contenida por ninguna venda. Llora la vieja, perdida, ignorada en la oscuridad del crepúsculo, apoyada en la tierra del desmonte, de pie como un saco lleno de andrajos; lloraba sin palabras, casi sin sentido, como una fuente turbia que de pronto se hubiese puesto a manar.

Y estaba yo tan triste aquella tarde, había visto tantas cosas tristes aquella tarde de fiesta, tanto huerfanito de luto nuevo, tanto niño pobre, al que una madre insuficiente procuraba distraer brindándole un seno ya tan exhausto como el río; tanto mendigo mutilado y tanta novia fea, en la luz implacable del domingo, que me pareció como si el llanto de la vieja fuese una expresión fatídica del dolor universal, como si de sus ojos, hinchados por la contemplación de la fealdad del mundo, las lágrimas brotasen fatal y naturalmente, como el agua salta de los charcos demasiado colmados. Parecióme que ella era una fuente espontánea de lágrimas que lloraba el dolor enorme e indecible del mundo. Y sin interrogarla, sin saludarla siquiera con una palabra dulce, sin intentar verle el semblante, que tenía vuelto hacia la tierra, movido por su ejemplo, como si yo me convirtiese también de pronto en una fuente natural de llanto, me acerqué a ella y, apoyando mis brazos en la tierra oscura, misericordioso espejo, me puse a llorar tan silenciosamente como ella. Y lloramos así los dos largo rato, de cara a la tierra, de espal-



das al mundo, sin mirarnos, sin hablarnos, como esos habitantes de Jerusalén que en las tardes de sábado sollozan apoyados sobre las murallas derruidas, sintiendo un placer en que las ortigas les arañen el rostro. Y por encima de nuestro llanto reverberaban ya las luces del crepúsculo y la ciudad nos enviaba su hálito ardiente. ¿Cuánto tiempo permanecimos en aquella actitud de muertos insepultos, y sin dejar de llorar? Nuestras lágrimas corrían tan aprisa que serían una medida insuficiente para calcular el tiempo, pues fluían más ligeras que sus aguas... ¡Hacia tanto tiempo que yo no lloraba, y tenía tantos recuerdos, semejantes a urnas vacías, que pedían ser colmados por mi llanto! ¡Y me era tan dulce llorar al lazo de aquella mujer desconocida, vieja, pero mujer, sin embargo, de un alma tierna e inocente! Parecíame que lloraba con la madre del mundo, cargada con todo el dolor universal.

Al cabo de un rato, sin embargo, ella, necesitada de una pausa en su fluir, sintiéndose acaso próxima a agotarse, alzó su rostro pálido—estaba pálida como si en vez de llanto manasen sangre sus ojos, recogiendo la costumbre abolida en sus entrañas—y me miró; y sin asombrarse mucho de encontrarme a su lado, a mí, un desconocido, me dijo: —¿La conocías tú también, jovencito? ¿Conocías tú también a la alegría del mundo, a la hija que lloro? ¿Sabes que ha muerto y la lloras tú también?—Yo no sabía a qué hija se refiriese la vieja; mas el nombre con que la designaba era tan ambiguo y simbólico que se avenía maravillosamente con la intención de mi llanto y yo podía contestar afirmativamente a la pregunta senil sin comprometerme. Y así dije a la vieja: —Sí, conocí a tu hija, ¡oh, abuela! Conocí a la alegría del mundo y sé también que ha muerto. Por eso lloro a tu lado, porque ha muerto la alegría del mundo.—La vieja me miró con ojos de gratitud inefable y tornó a lamentarse como una plañidera: —La conocías, ¿verdad? ¿Quién en esta ciudad no la conocía? Era la alegría de todos. Por alegrar la vida ajena llenó la mía de luto. Tenía ansia de volar y se revolvía en la casa estrecha, llena de congoja, como en otro tiempo en la prisión de mi vientre. Yo la retenía como a un pájaro; pero un día se escapó de mis manos seniles y atravesó el umbral de la casa, tan ligera como un cohete inflamado. Iba a alegrar el mundo. ¿Y sabes lo que el mundo hizo de ella, jovencito?—Hice una señal afirmativa; pero la vieja no hizo caso de ella y siguió hablando: —El mundo la mató; mató su risa como se mata una llama. Devoró su belleza y sólo dejó de ella los huesos. ¿Recuerdas tú qué hermosa era? Era tan hermosa, que no parecía hija de una madre tan triste... sino porque la mañana nace de la noche negra... ¿La recuerdas bien, jovencito? ¿Recuerdas su cara tan alegre, sus hoyuelos en las mejillas, sus ojos cuyos párpados temblaban como alas? Pues si hubieses visto su cadáver no la habrías conocido. Yo tuve que descubrir su cuerpo y buscar en su carne la cicatriz antigua, huella de su primer dolor, para reconocerla. ¡Oh, lo que hizo el mundo con la alegría del

mundo! ¡Oh, lo que hicisteis todos con ella, jovencito!

Y la vieja me miró de pronto con encono, con un encono manso e impotente. —Tú también, tú también—me dijo—abusarías de ella, la engañarías y burlarías... Era tan generosa e ingenua. ¡Tú también contribuirías a marchitar su belleza, a consumir su cuerpo, a ennegrecer su cara! Tú también soplarías sobre sus ojos, ¿verdad?, y sobre su sonrisa. Y ahora que ella está muerta lloras y la lamentas, como yo. Ahora te pesa haber contribuido a matar la alegría de este mundo.—Me miraba con ojos rencorosos, y por un momento temí que fuera a lanzarme maldiciones irreparables o a arañarme el rostro con sus manos de arpía; pero pudo en ella más la tristeza, o acaso la tremenda simpatía que yo, presunto amante fatídico de la hija muerta, le inspiraba, llorando ahora, junto a ella, vestido de luto, en aquel lugar desolado. Y cogiéndome por la muñeca, como si le faltase todo apoyo; cogiéndome con la presión dura y amorosa con que se aferra un báculo, rompió a llorar de nuevo. Y entre su llanto gemía: —¡Oh, jovencito, qué crueles fuisteis todos con ella! ¡La dejasteis morir sola, abandonada; ninguno de vosotros vino a inclinarse sobre el lecho de su agonía, ni a acompañar sus despojos al sepulcro en que yace, sin ninguna lápida. Y como ella dejó a todas sus amigas por divertiros a vosotros, ninguna tampoco quiso acompañar su cadáver, ni quiere hoy escuchar mis lamentaciones. Y por eso tengo que venir a lamentarme sola con la tierra, única que se digna recoger mis lágrimas. ¡Oh, qué crueles fuisteis con la alegría del mundo!

Lloraba nuevamente, sacudida por un hipo sordo. El dolor vibraba en su cuerpo y lo estremecía, como un feto animado de una oscura vida, haciendo temblar hasta su vientre infecundo. Y yo sentía una piedad inmensa de la pobre vieja; yo sentía que toda su pena se me traspasaba íntegra. Y recogiendo de nuevo el hilo ambiguo de sus lamentaciones, como ese canto sin letra, del crepúsculo que los transeúntes se transmiten unos a otros, le dije: —¡Es verdad, abuela, que fuimos crueles con tu hija, que fui cruel con la alegría del mundo! Era entonces demasiado joven y no sabía lo que valía una sonrisa. Pero ten por seguro que también acaricié su belleza con manos ungidas de perfumes y glorifiqué con mis palabras la obra de tu vientre oscuro. Ten por cierto que más de una vez sentí ganas de llorar contemplando su belleza efímera. Mi amor era una llama y la consumía, sin que yo pudiese evitarlo. Y ahora ya ves que lloro junto a ti, vuelta la cara hacia la tierra, de espaldas a todas las mujeres, como un viudo para siempre. Porque al morir ella murió la alegría de este mundo.

Y, efectivamente, volvió a fluir el llanto de mis ojos como si lamentase la muerte de una prometida, y así, llorando los dos, permanecimos largo rato, deseando desangrarnos por nuestros ojos y morirnos así dulcemente al pie de aquella colina oscura, puesto que la alegría del mundo había muerto. Y las estrellas todas se elevaban ya sobre nuestras cabezas, y el hálito ardiente de la noche estival nos abrasaba. Arriba, en la colina, la muchedumbre cantaba y reía, ignorante de nuestro duelo; sobre nuestras frentes pasaban cohetes errabundos y hasta nuestros oídos llegaba el eco de los martillazos con que unos hombres clavaban, sin duda, estacas en el suelo para armar el palenque de un baile público. Y escuchando aquel rumor yo recordaba los martillazos de Viernes Santo sobre los pies de Cristo.

—¿No oyes?—me dijo la vieja—. Allí arriba se divierten como si mi hija no hubiese muerto. ¡Parece que soy yo sola la que ha perdido a una hija! Y si ahora

subiese allá arriba y les dijese que ha muerto la alegría del mundo, me mirarían como a una loca y se burlarían de mi llanto. ¡Quisiera quedarme muerta aquí mismo! Porque ¿cómo podré yo caminar por entre los seres alegres?...

Aquellas palabras me llenaron de una indecible laxitud. Hubiera querido también yo dejar la vida allí mismo, al pie de aquella colina oscura. ¿A qué caminar más, puesto que la alegría había muerto? La fuerza del símbolo se me imponía y yo la sentía gravitar como un peso material sobre mis hombros. Mas, de pronto, un júbilo súbito, indefinible y dulce como la tristeza misma, pasó sobre mis ojos y me los dejó enjutos como un pañuelo misericordioso. E irguiéndome animoso, y tendiendo mis manos a la vieja, le dije:

—No llores más, abuela; cógete a mi mano y disponte a escalar la colina. Es ya tarde y, si no eres una vagabunda, no debes permanecer aquí. Anda y vuelve conmigo a la ciudad. ¿Qué te importa que la muchedumbre ría y se divierta? ¿Por ventura te infundirían miedo sus rostros

alegres? Mas reflexiona bien que somos nosotros los más fuertes, pues sabemos que la alegría no existe. ¿Acaso no sientes la seguridad que da este conocimiento? Mira, abuela, ahora nosotros pasaremos por entre ellos, pisando con pies firmes, y nada podrá desviarnos de nuestro camino. Porque sabemos que la alegría no existe, y los emblemas más festivos no podrán arrancarnos otra cosa que una mirada de piedad. ¡Oh, el poder maravilloso de nuestro desencanto! ¿Qué podría ya seducirnos en el mundo ni torcer la vana magia de nuestra senda recta? ¿No sientes tú la fuerza prodigiosa que nos da el saber que la alegría ha muerto? ¿Cuántos pasos inútiles habrá de evitarnos en lo porvenir; cuántas repulsas afrentosas habrá de ahorrar a nuestra alma!...

La vieja me miró asombrada, con ojos ya enjutos. Y cogiéndose de mi mano, serena, silenciosa, terrible, con pies inexorables e infalibles, como si hubiese volcado ya toda el ánfora de sus lágrimas, empezó a subir la cuesta de la vida.

R. CANSINOS-ASSENS

DESPUÉS

Cuando los dos, muy juntos, hayamos ya vivido una vida abundante y fértil y serena, y en apacible noche aguardemos la hora en que a cerrar la muerte nuestros párpados venga, sabremos de la paz del alma con la carne, dormiremos unidos, juntas las manos, mientras se despuntan las copas de los altos cipreses y esparcen su fragancia penetrante y acerba. Se hablarán nuestras almas del pasado sin verse; y bajo el manto pardo y rudo de la tierra palparán, amiga, en el negro silencio nuestras dulces palabras como puras estrellas.

Alejandro MAC-KINLAY

Traducción de M. Romero Martínez.

IMPRESIONES DE NUEVA YORK

El manicomio de la publicidad

Cuando comenzaron a pegarse en las esquinas los primeros carteles artísticos, aquellas bailarinas rojas o amarillo limón de Toulouse Lantrec, se dijo que el *affiche* tenía que ser como un grito del color. De entonces acá se ha progresado mucho en el reclamo inevitable, en el que se impone a nuestra atención. Luego de los cromos llamativos, con sus tintas planas y valientes, ha venido el anuncio luminoso, la algarabía, el estruendo, el mitin de la electricidad. Quisiera que vieseis el *Broadway* neoyorkino desde que cierra la noche... ¡Oh, no; los escasos y tímidos rótulos encendidos de nuestra Puerta del Sol no dan idea de la locura vibrante y cegadora de la populosa vía americana! Si allí atruenan las luces en silencio, podríamos comparar las matritenses a una voz, también a una voz..., esa enronquecida y fatigada que llama al sereno en la negrura hueca de las calles de la villa y corte.

Nueva York merece más que ninguna el nombre de ciudad de la luz. Sin embargo, no ya París, tan señorial en sus matizadas luminarias; cualquier población aventaja a la fabulosa del Manhattan en belleza de sus nocturnos. Venecia, con el reguero policromo de sus canales, y el mismo Londres, con sus nieblas nacaradas en torno a los globos volantes, y Sevilla, con el calado de sus rejías en un fondo humildemente dorado, interesan los espíritus como no logrará nunca seducirlos la enorme Babel yanqui. Casi todos los pueblos parece que sueñan con poético misterio mientras no

alumbra el sol. Nueva York, de que oscurece al amanecer, sufre una pesadilla abrumadora, terrible...

Porque no alienta una linterna que no se proponga la utilidad mercantil. Al cabo de una jornada horrenda y bárbara en el boxeo por el dólar, los transeúntes no hallarán otro descanso que la orgía de los letreros con bombillas sobre los rascacielos. Y las alegorías, tales como un *auto* que surge en el aire, o una cuadriga de fuego, y un gato grande como un camello, y si no, todo un retablo colosal con marionetas rutilantes. Hasta las aéreas siluetas de fantásticos alcázares que se divisan a la opuesta orilla del Hudson, arquitectura de estrellas; incluso estos edificios de constelaciones quieren seduciros interesadamente, ya que en definitiva son parques de espectáculos a la manera americana; un ferri de sobresaltos en que el ruido, las sorpresas, los atropellos para reír no tardan en atontaros como a bestias bajo la tempestad.

Desde vuestra ventana contempláis la urbe, infinitamente cuadrículada en amarillo, ya que las mayores construcciones tienen en sus muros millares de rectángulos encristalados. Imposible abarcar con la vista el caserío necesario para cinco o seis millones de habitantes. Más cerca o más lejos se extiende una vaguedad brumosa, en que flotan aislados los faros de cien torres. Yo solía hacer mi experiencia en mi cuarto del hotel Commodore, habitación 1.415, piso catorce. Las rúas eran surcos de que emanaba un resplandor comparable a los

chorretazos de un metal en fusión... Perdigones desgranados semejaba la multitud, y de cuando en cuando cruzaba el *elevado*, el ferrocarril arrollador, sobre su andamiaje, a varios metros del asfalto... A la izquierda se rasga la aglomeración de viviendas, descubriendo un trozo de Hudson, inmaterial masa lechosa, con unos barcos que enviaban los destellos de sus faroles rojos o verdes, y, a lo mejor, el lamento de sus sirenas... En tanto, yo fumaba mi cigarro, y a veces se desmelenaban al par el humo y los remotos sonidos que el viento arrebatava a la orquesta del restaurante en el abismo de las aceras...

Por último, descendemos a mezclarnos con los microorganismos que habíamos observado en su inquietud, y que se convierten en gigantes rubios, vehículos, policías como cariátides, y mujeres vestidas con los colores más inolvidables, el verde esmeralda y el escarlata. Ya estamos en la apoteosis luminosa. Los escaparates continúan brillando a giorno, algunos con la complicación de coruscantes mercancías de níquel o de espejos. La mayoría de las vitrinas refulgen con la magnificencia de las sedas; los frutos, como imitados en cerámica; rampas con ensortijados tabacos; aquí, pieles de tigres y de leones; allá, fonógrafos; más allá, una escena de playa con céreos maniquies. Y así no se interrumpe el des-cocado pugilato entre los muestrarios de los mercaderes. Llegamos a un *square*, donde tal vez albean en el césped las losas de un breve cementerio junto a una renegrida iglesiaca, y no falta al remanso sentimental su profanación, a cargo de unos formidables ómnibus con guirnalda de faroles japoneses; serie de carrozas que conducen al barrio chino a sorprender a unos simiescos personajes de blusa negra y sombrero hongo que comen sandía en el arroyo o en inmundos cafetuchos juegan al billar. Seguimos avanzando, y ahora camináis por unas claraboyas que cambian de amarillos en azules, en grana...; más anuncios. Y de pronto, la soberbia, anonadante ruta del *Broadway*. El suelo, con los reflejos, creyérase de luz. En medio de la calzada se yerguen las garitas reguladoras del tránsito, con sus discos bermejos y morados. La muchedumbre está contagiada de la excitación ambiente; corre como espumarajos en el canal de las paredes de vidrieras que igualaríamos a bocas de hornos. Los teatros, con sus pórticos de una seducción infernal. Baños de automóviles charolados. Y arriba, en la altura, esa cuadriga, ese gato, ese retablo, ese *ford*, y testas de indios, y botellas que vierten su contenido de resplandores, y un *boy* que masca goma, y una campana que volteja, y... el manicomio, en fin, de la electricidad... Sí, grita hasta *ensordecer* la *reclame* luminosa de Nueva York, sinfonía rabiosamente instrumentada, batalla desesperante y regocijante... Y la batahola muda se nota mucho más, cuanto que una ley ha suprimido el ruido de los vehículos, y la multitud, nada latina, apenas alborota al hablar... de modo que triunfa y abusa de su victoria la luz...

Ya muy tarde regresamos al hotel. Casi desiertas las calles y cerrados los comercios, con la excepción de tal cual comedor automático, en que la clientela echa unas monedas en una ranura y por su propia mano se sirve una ensalada o un chocolate o lo que desee. El tránsito se reduce a unas pobres peripatéticas, golondrinas despavoridas de la galantería. Marchamos, descansando de la batalla luminosa... Y al entrar en el ascensor que nos llevará al piso catorce del Commodore, como un eco de la pesadilla, sorprendemos un tinglado de multicolores puntos encendidos en la cerradura... ¡Ya borrachos, nos acostamos a oscuras, desnudándonos de memoria!

Federico GARCIA SANCHIZ

LA "DESCONOCIDA", DEL MUSEO POLDI-PEZZOLI

En ese Milán tan horriblemente traficante, tan únicamente traficante, mejor dicho, con su comercio bajo y aparatoso, que no tiene siquiera el ennoblecimiento de las industrias lentamente «cuajadas» y transmitidas; en ese Milán en que hasta la catedral resulta estrepitosamente advenediza y fea y en que hasta el castillo ha perdido su aristocratismo, hay, sin embargo, dos rincones, dos pequeños y divinos rincones de soledad, de dignidad y de silencio: la Ambrosiana y el Museo Poldi-Pezzoli. La Ambrosiana, la biblioteca fundada por Federico Borromeo, es el «refugio vinciano» para cuantos hubieron de huir, desencantados, de aquel horrible refectorio abandonado de Santa María delle Grazie, en que la prodigiosa «Cena» queda irremediablemente anulada tras sus copias, sus celadores, los gemelos y las reproducciones insistentemente ofrecidos por estos celadores y las reflexiones abrumadoras de los infinitos turistas. Pero a la Ambrosiana suele ir poca gente, y así el famoso «Codex Atlanticus», de Leonardo, con sus ochenta y tantas páginas, que encierran el saber universal del más universal de entre los sabios, se abre sólo ante los devotos que le llegan saturados de todo el perfume vinciano del ambiente. Y por encima de Leonardo y por encima de toda ciencia, el Museo Poldi-Pezzoli es el refugio supremo.

Tan sofo, tan negro y disimulado por fuera—en aquella estrecha y negra vía Morone que nadie advierte si no la busca expresamente—, con su aspecto de caserón anónimo, tiene, pasados ya, no sólo el umbral, sino también un pasillo y dos vestíbulos, el encanto inconfundible de lo que no es público; de lo que una persona hizo por sí y para sí únicamente. Y aquí, el fundador, el que legó este vivo relicario a una ciudad, que por cierto ya no se lo merece, fué el marqués de Poldi-Pezzoli, cultísima y refinadísima persona.

Una escalinata de palacio (de palacio particular, claro está), con sus surtidores y sus bronceos mitológicos; una inmensa pared-vitrina, repleta de porcelanas delicadas e incomparables, y allá, en seguida, a la derecha, junto a la ventana, la maravilla, el tesoro del Museo y de Milán todo: la «Desconocida», de Piero della Francesca. ¿Qué nos importa ya que haya después más y más salas con cuadros, con muebles, con tapices magníficos? ¿Qué nos importa incluso que aquí mismo, apenas un poquito más alejada de la ventana, esté una de las más célebres Vírgenes botticellescas, digna hermana de la «Virgen del Maginico»? Quedamos entregados al encanto de esta «Desconocida».

¿Quién dijo que Piero della Francesca fué artista frío e impersonal? ¿Quién, que erudito insensible se atrevió a tal blasfemia? Si, debió ser un erudito, al menos con muchas fechas y muchos datos en lugar de corazón, para no sentir la emotividad que irradia de esta figura.

Apenas un busto; ni siquiera: sólo un

perfil. Apenas coloreado: la cara, modelada toda en un mismo tono muy pálido; los cabellos, de un rubio muy pálido también, recórtanse, con la implacable dureza de la línea negra de su contorno, sobre el azul uniformemente pálido de un fondo sin atmósfera ni perspectiva. ¡Y qué vida, qué sensación más extraordinaria de espiritualidad se desprende de este retrato simplificado en su realis-

tiva», hasta un Leonardo, precursor genial de todas las genialidades modernas, fueron estos perfiles, con su único deseo de interpretar un carácter, lo más perfecto de su momento.

En pintura, la composición forzada no puede ser nunca buena en el sentido de verdad, de acorde consigo mismo, y en la Ambrosiana, el cartón de la «Escuela de Atenas» dice bien claro cuánto debió

natural que lo que mejor—es decir, con más vida—perdura del renacimiento italiano sea precisamente lo que este renacimiento no aceptó o aceptó como manifestaciones secundarias: las obras hechas sin sujeción filosófica ni pretensión humanista; en una palabra: sin esfuerzo. Por ejemplo, este perfil que el bueno de Piero haría sin miras de elevación, sin tener que recordar el gusto, más o menos comprensivo, de alguna noble protectora; pensando, sin duda, tan sólo en una figura que le gustaba a él, sin que ningún latinismo se mezclase en su gusto.

Perfil sencillo; «Desconocida», que ni siquiera eres bella para que así tu apelación resulte menos incógnita; eres, en verdad, inconfundiblemente, lo más elevado de uno de los momentos más elevadamente espirituales que hubo en el mundo, y lo quedas para siempre, con tal emoción, que tu sola presencia en un rincón, casi olvidado, de un palacio muerto, basta para que en una grande y horrible ciudad de hoy no nos hallemos abandonados del divino prestigio del renacimiento italiano.

¿Vamos a hablar de categorías de arte en un comentario inspirado tan sólo por la emotividad, por la sensibilidad de una obra? Y, sin embargo, a muchos les parecerá «literatura»—demasiada literatura—ensalzar, como obra principalísima de una ciudad, la que en los tiempos ha de ser, a pesar de todo, obra secundaria de una época. Pero, para nosotros, fuera de la erudición o, mejor dicho, por encima de la erudición, algunas obras de arte tienen un prestigio, inexplicable si se quiere, pero muy real. Así, fuera y además de la catalogación admitida y razonada, llevamos en nuestros recuerdos una catalogación por categorías ideal y apasionadamente establecidas. Y ¡ay de quien, pretendiendo recibir los dones de una producción artística—los dones secretos, los que su mismo autor quizás no percibió mas que en una semiinconsciencia—, se acerque a la obra sin llevar ya, dispuesta de antemano en el fondo de sus sentimientos, esta arbitraria distribución! Por esto no puede discutirse la «categoría artística» de la «Desconocida», del Museo Poldi-Pezzoli.

En nuestro Prado, tan rico, pero tan incompleto en medio de sus riquezas, nos falta una tablita de éstas, un perfil de Piero o un busto de Pollaiuolo. ¿Recordáis aquella sugestiva *Bella Simonetta*, que ilumina el pequeño Museo Condé, de Chantilly? Nos falta una de estas intrascendentes imá-

genes de mujer que nos diga que la aurora del Renacimiento no fué ni una ecuación difícil y secamente resuelta, ni el desenfreno de una borrachera pagana. Porque esta es la virtud excelsa de nuestra «Desconocida», la que le da, fuera ya de la calidad única de su ilusión milanesa, todo su valor: el dominar con su serenidad un siglo que perdura lleno de confusiones como ninguna. ¿Verdad que sobre aquel siglo y sobre los que han venido después, nuestra «Desconocida» está bien plantada?

Margarita NELKEN



mo, con un análisis casi cruel de tan estrecho!

Es un perfil florentino, uno de estos perfiles que quedan como lo más grande de aquel renacimiento que tendió a ser tan grande. En la época de la pintura sabía que quería ser sabia, rodeados de aquel anhelo casi febril de más ciencia que caracteriza el arte toscano desde un Paolo Ucello, que fija las reglas de la perspectiva y que la leyenda, acaso la historia, nos cuentan despertando su mujer a media noche para decirle: «¿Qué cosa más hermosa es esta de la perspec-

esforzarse Rafael hasta conseguir la armonía del fresco del Vaticano. Asimismo, los retratos aparatosos, los retratos «de encargo», desde la famosa «Bella Simonetta» hasta la muy altiva y pomposa «Leonora de Toledo», de Bronzino, tienen la espontaneidad de su espíritu restada por el deseo expreso impuesto al autor; y no hablemos de aquellas famosas *Invenzioni*, de Isabel de Este, ante cuyo encargo detallado, con prohibición absoluta «de añadir ni de cambiar nada de por sí», el Perugino, según nos cuenta Vasari, quedó como estúpido. Así, es

LA GOTA DE AGUA QUE LLEGÓ A SER PERLA



EN una nube muy blanca que caminaba por los cielos, y que al nacer y ponerse el sol se teñía de los tonos más bellos y más variados, vivía una gota de agua con gran deseo de saber lo que eran los árboles, las flores y los pájaros, los hombres y demás seres y cosas de que oía hablar a otras gotas hermanas que en evaporación habían subido de la tierra al espacio hasta formar la nube en que todas moraban. Y era tan firme el tesón de aquella gota de agua por conocer lo desconocido, que, sin esperar a convertirse en lluvia para regar y fecundar este pícaro mundo, una mañana dorada de otoño decidió desprenderse de la nube en que vivía y sola satisfacer las soñadas ambiciones. Y como lo decidió lo hizo. Sin atender a los razonamientos de sus compañeras, que en vano trataban de persuadirla de que una gota de agua nada significa en la tierra, a la tierra bajó y en ella sufrió goces y amarguras, que al término tuvieron un inesperado resultado.

En donde primero dió su quebradizo cristal fué en una hoja que de la rama de un árbol pendía, y que por lo limpia y tersa, e igual brillante color amarillo, más parecía hoja de oro que fibra quebradiza al menor embate del viento. Llegada al árbol la gota de agua vióse en apurado trance, por el acoso que sobre ella hizo un gusanillo, el que, deslizándose por la superficie plana de la hoja, pretendía saciar su sed en el agua que la gota contenía. Pero la gota, más lista que el gusano, escurriéndose, escurriéndose, logró ganar el borde de la hoja seca y, dejándose caer, alcanzar el cáliz de una rosa silvestre que, pavoneándose sobre el césped, mecía orgullosa la pompa y lozanía de su olor y su frescura. Ya en salvo la gotita de agua, dióse a pensar en la maldad de aquel bichejo de la hoja dorada que, sin piedad, la había perseguido, y en tales consideraciones se hallaba cuando la rosa en que se había encerrado le dijo:

—No sabes, gota de agua, lo que te agradezco que hayas venido a mí. Mis pétalos necesitaban frescor, y para ellos el frescor es vida. Si aquí te quedas, dentro de muy poco tiempo habrás desaparecido.

Y asustada entonces la gotita de agua por el egoísmo de la rosa, dióse a pensar cómo salir de aquella fragante prisión, en la que, si no huía, iba a morir de frío a los pocos instantes. Pero nada práctico se le ocurría, y mal lo hubiese pasado si un leve vientecillo no hubiera removido la flor, obligando a la gota a salir de allí, hasta hacerla caer en la bulliciosa y reducida corriente de un arroyuelo, sobre el que pasaban luciendo los prodigiosos colores de sus alas maravillosas y quebradizas las libélulas y caballitos del diablo. Ya en el arroyuelo, la vida de la gotita fué más cómoda. La corriente le facilitaba su marcha, y por ello, tranquila dióse a cavilar en la hermosura de lo creado, envaneciéndose a un tiempo de su valor y voluntad. De seguir así y con iguales fuerzas, ella sabría del mundo, y en el mundo conseguiría cuanto se propusiera. De repente vióse sorprendida por una poderosa fuerza, a la que no podía oponer ya resistencia alguna. Sorteando piedras, juncos y matas diversas, fué a

dar a más profundo y amplio caudal. En derredor suyo, el agua no era ya tan limpia y tan cantarina; todo aparecía más pausado y serio. Se llegaban a ella, o la rodeaban en vueltas y revueltas, unos bichos ágiles y de ondulante cuerpo, de escamas brillantes y de ligero andar. Al paso de uno de ellos la gota de agua le preguntó:

—¿Quiénes sois vosotros?

—Los peces de este río—le contestó el interrogado.



—¿De este río?

—Sí, de este río. Y si de él saliésemos moriríamos. Nosotros, los peces como yo, hemos nacido para nadar y vivir aquí. Si avanzásemos por este camino de agua llegaríamos al mar y allí acabaríamos nuestra vida. Sobradamente sabemos cuál es el papel de cada uno.

—¿Dices que llegarías al mar? ¿Y qué es el mar?

—No lo sé—contestó el pez—. Me han contado que una inmensidad de portento, muy ignorada todavía.

—¿Y no sientes el ansia de conocer lo que encierra?

—¿Para qué?—dijo el pececillo.

—Para verla y vivirla—contestó la gota de agua.

—Es que no la viviría; seguramente desaparecería en su fondo—añadió el pez.

—¿Quién sabe! Pues yo voy a tratar de llegar a ella, y ya verás cómo no me pasa nada.

—Eres una pretenciosa ridícula. Te perderás en su profundidad.

—No lo creas. Tengo el convencimiento de que de esa profundidad saldré luego de haberla conocido.

—Allá tú, y que el Creador te acompañe. Envíalo tu decisión.

—En ella confío. Adiós, pececillo.

—Adiós, vanidosa.

Y del pez se separó la gotita, deseando llegar ya, cuanto antes, a lo inexplorado.

A partir de aquel momento, la gota emprendió vertiginosa carrera. Vió peces como aquel con quien había hablado; pero más grandes unos, más pequeños otros, más anchos o más estrechos, de escamas doradas o plateadas y azules; plantas de colores preciosos, que vivían en el fondo del agua, y piedras de tonos y formas distintos; y en su marcha pudo apreciar cómo la vida está en todo y cómo en la vida lo más escondido, como lo más visto, tiene siempre un interés y un encanto.

Corría, corría la gota de agua, cuando de súbito se sintió elevar por una blanca y movediza montaña. El río se precipitaba entre riscos y breñas, y en su marcha se deshacía en cambiantes y espumas de color de nieve. La gotita de agua sufrió un terrible susto. Creía descomponerse, perderse, por obra de aquel impetuoso poderoso; pero pronto recobró la calma, porque, vencidos aquellos borbotones gigantes, hallóse en una inmensidad tranquila, que ya no era de fondos sucios y tierras cenagosas, sino de lechos transparentes, verdes, como los prados que atravesó en su marcha por el arroyuelo.

en cámaras como consteladas de brillantes. Cuencas y albergues pequeñitos que refulgían brillantes eran conchas y caracolas, en una de las cuales hubiese querido vivir la gotita. A veces la deslumbraba la fosforescencia de un cuerpo, a veces toda ella se tornaba roja, metida entre las ramas de un coral. Y así transcurrió feliz su existencia, hasta que un día o una noche, de esto no estaba segura, la gotita vióse como atraída, como absorbida por un extraño poder. Quiso defenderse, pero fué inútil. De improviso vióse encerrada en un recinto de nácar, y la pequeña cantidad de agua de que la gota se componía, como invadida por un polvillo blanco. A pesar de lo que sentía, la gotita de agua no se encontraba mal ni mucho menos. Alegrementemente aceptó la vivienda, y ya empezaba a ser vanidoso por el triunfo logrado. Agradábase el cambio, y se juzgaba más fuerte y más animosa para proseguir su empeño. Como por encanto vióse cubierta por impecable y blanca vestidura. Poco a poco aquella movilidad de su cuerpo que el agua le prestaba tornóse en sustancia durísima. Y no estaba la gota de agua descontenta de su nuevo estado; muy al contrario, sentíase orgullosa, y en su esplendor se recreaba. Bajo las aguas siguió viviendo mucho tiempo, hasta que una mano la extrajo del fondo del mar, y, sacándola a luz de su morada esplendente, a otra mano la entregó en venta. La gotita de agua, ya convertida en objeto precioso, en aquel cambio de dueño y de vida supo cuánta es la avaricia y cuántos los engaños de los hombres. Durante unos días, la gota, convertida en perla, entre otras piedras maravillosas y centelleantes, ocupó el fondo de un cajón, convenientemente seguro y guardado. Hízose amiga entonces de esmeraldas que se le antojaban a ella mares distintos; de turquesas de un azul purísimo, que la recordaban el cielo en donde primero vivió; de zafiros de color impecable, transparentes, como firmamento en noche estrellada; de diamantes de tonos rosados, que la evocaban la flor egoísta de que tuvo que huir; de rubíes y granates, tan rojos o carmines como los ramos de coral que en el fondo del mar, y por un momento, hicieron brillar con vivos reflejos grana o vermellón. El joyero que tenía bajo su guarda tanta riqueza mostrábala de continuo o a solas se recreaba con ella; pero la gotita de agua que llegó a ser perla juzgábase superior a todas sus compañeras, porque así se lo hizo creer su dueño, pues siempre que el judío hacía lucir aquel tesoro, con sus dedos finos la rebuscaba cuidadosamente entre todas sus camaradas y, aprisionada por el pulgar y el índice de la mano sarmentosa, la ofrecía y enseñaba como el más preciado ejemplar de su comercio. Y así transcurrieron unos cuantos meses, hasta que una tarde, fecha memorable para la gotita de agua, rodeada de muchos de los brillantes que con ella convivían en la caja, fué a lucir sus cambiantes de luz azul y blanca en la flor de lis de una corona real, y cuando, rematando el florón, la gotita se contemplaba convertida en perla, envanecida por su esfuerzo y voluntad, se decía:

—¿Qué diría si me viese ahora aquel pobre pececillo que no quería salir de su río? ¿Se convencería de que una sana ambición lo gana todo en la tierra? ¡Y cuidado que tuve que vencer obstáculos!; pero ¡y la satisfacción de poder llegar a lo más insignificante a lo más alto! Ello no es cosa que se consigue mas que recreándose en el trabajo y en el ansia de llegar a ser.

El señor PICKWICK
Dibujos de BARTOLOZZI.



= APUNTES Y CANCIONES =



EL RETRATO

¿Cúya es esta frente? ¿Cúyo
este mentón azulado?
¿Cúya esta boca sumida?
¿Y estos ojos fatigados

de la letra diminuta
y de los montes lejanos?
Siempre mira el hombre al hombre
con piedad en su retrato.

COPLAS ESPAÑOLAS

Junto al agua negra.
Olor de mar y jazmines.
¡Noche malagueña!

Quando duerman todos
saldré a la ventana.

Junto a la sierra florida
bulle el ancho mar.
El panal de mis abejas
tiene granitos de sal.

La primavera ha venido.
¡Aleluyas blancas
de los zarzales floridos!



¡Noche castellana!
La canción se dice,
o mejor se calla.

Si vino la primavera,
volad a las flores,
no chupéis la cera.

Te dije al cruzar la calle:
"Morena, ¿cómo te llamas?"
Y a la vuelta de la esquina:
"Que no me faltes mañana."
¡Noche de Aragón!
Recordaré tu casa
que quieras que no.

El acueducto romano,
con sus arcotes de piedra,
y el querer que nos tenemos,
serrana, ¡vaya firmeza!
A las palabras de amor

les sienta bien un poquito
de exageración.

¡Ay, quién fuera pueblo
una vez no más!
Y una vez—¿quién lo sabría?—
curar esta soledad
entre los muchos amantes

como a las verbenas van
(¡albahacas de San Lorenzo,
fogaratas de San Juan!)
con el sueño de una
vida elemental.
Tú guardas el fuego;
yo gano el pan.
Y en esta noche de todos,
tu mano en la mía está.

LA LUNA, LA SOMBRA Y EL BUFÓN

Fuera, la luna platea
cúpulas, torres, tejados;
dentro, mi sombra pasea
por los muros encalados.
Con esta luna parece
que hasta la sombra envejece.
Ahorremos la serenata
de una cenestesia ingrata,
y una vejez intranquila,
y una luna de hojalata.
Cierra tu balcón, Lucila.

Se pintan panza y joroba
en la pared de mi alcoba.
Canta el bufón: «Qué bien van
en un rostro de carbón
unas barbas de azafrán.»
Lucila, cierra el balcón.



OTRAS COPLAS

Otra vez el mundo antiguo,
sin pecado original:
el claro mundo de Homero.
Nansika vuelve a lavar
su ropa; las eleusinas,
hijas de Keleo, van



con ánforas a la fuente.
Dioses, ¡qué hermosas están!
Junto a los pozos partenios
Demeter vuelve a pasar.

¿Faltarán los lirios
a la primavera,
y el canto a la moza,
el cuento a la abuela,
y al llanto del niño
las ubres maternas?
Los encinares del monte,
¿son de retórica vieja?
Naturaleza es divina,
divina es la fuente homérica.
Nunca desdeñéis las cópulas
fatales, clásicas, bellas,
del potro con la llanura,
el mar con la nave hueca,

el viento con el molino,
la torre con la cigüeña.
Riman la sed con el agua,
el fuelle con la candela,
la bruja con el rosario,
la garra con la moneda;
los cántaros con las fuentes
y las graciosas caderas;
y con los finos tobillos
la danza y la adolescencia;
y el escudo con el brazo,
la mano con la herramienta,
y los músculos de Hércules
con el león de Nemea.
Verdad. Mas si digo: *hay coplas
que huelen a pesca,
y el mar huele a rosas,
sus gafas más negras
se calan los necios
y me latinean:*



«risum teneatis?»
con gran suficiencia.
¡Y las nueve musas
se rien de veras!

Antonio MACHADO

Dibujos de José Machado.

COSTAS DE PORTUGAL MARINERA

CUANDO nos encaminamos al muelle es aún noche cerrada. A poco, cerca de la ría, descubrimos las barracas de los pescadores. Dos marineros están riñendo cuando llegamos. Son ágiles y jóvenes. Se golpean recia y acaémicamente, como pugilistas profesionales, y sus camaradas les contemplan en corro, pasivos, con una indiferencia absoluta... Uno de los que riñen es mucho más fuerte que su contrario, y a cada golpe, firme y seguro, le obliga a tambalearse angustiosamente, con la cara ensangrentada... Nuestra impetuosidad y nuestro quijotismo nos lleva en seguida a separar a los que tan dura y tan desigualmente riñen. Entonces, los otros marineros nos secundan eficaces y nos saludan luego, como si nada hubiese ocurrido allí... Los contendientes descienden por unas escaleras pinas y anchas, que el agua bate, y lánzanse la sangre que corre por sus rostros. Yo temo que vuelvan a enzarzarse y no les pierdo de vista. Me parece que de un momento a otro voy a ver el relucir siniestro de las armas, y que otra vez han de acometerse, más sañudos que antes, por la fiebre homicida de la pelea, y que, abrazados, golpeándose, van a caer al agua, iracundos y feroces... Pero no... Se han lavado ya y suben a reunirse con sus compañeros, dueños de una tranquilidad que nosotros, habituados al espectáculo de otros odios más vengativos, no nos explicamos bien.

Todos nos sonríen humildes, y dicen que ya está la barca dispuesta y los aparejos acondicionados, y que sólo esperaban nuestra llegada para hacerse al mar. Vamos a la pesca de la sardina...

Entramos bulliciosamente en la barca, bien amarrada al vaporcito remolcador que ha de llevarnos mar adentro. Azota el viento la vela y respiramos a pleno pulmón, con avidez y sensualidad, este fresco aire marino, que trasciende a madera embreada, a algas, o yodo y a salitres... Silba el remolcador y nos dirigimos hacia la desembocadura del mar... Al pasar la barra, los vaivenes son recios, bruscos. Trepan el vaporcillo y el lanchón sobre las olas, y, al descender, caen tan de proa y tan ligeros que parece que han de clavarse velozmente en el agua y que el agua va a tragarnos...

Aquí y allá, en culebreos eléctricos, fosforesce el mar con una intensísima luminosidad verdosa y misteriosa. Es algo tan alucinante como los fuegos fatuos de las necrópolis, esas lucecillas que en los camposantos rurales tanto emocionan y sobrecogen a los ingenuos y crédulos aldeanos... Suenan roncadas y seguidas las olas al romper sobre los arenales de la playa, y salta la espuma al chocar el oleaje contra las peñas, contrastando su blancor con el tono negro de las aguas sonoras y bravías... Vense sobre la inmensa superficie, remotas y diminutas, las velas desplegadas de otras barcas pescadoras. Y la media luna, que avanza lenta y solemne por el alto cielo, parece una embarcación también, milagrosa y fantástica, como una góndola de plata navegando sin piloto, entre innumerables barquichuelas luminosas, por un amor infinito y magnífico, transparente y encalmado, sin olas y sin orillas...

El remolcador se ha vuelto hacia el muelle, abandonándonos a nuestra suerte y ventura... Corre un viento fuerte, que golpea bruscamente en la tendida vela, y avanza la barca, inclinada a favor del viento... Nosotros, hombres de tierra adentro, hechos a otras andanzas, disimulamos un súbito temor... Pasa la bota de mano en mano, deteniéndose de boca en boca... Los pescadores beben a tragos largos, con reposo y con deleite... A instancias más recogemos la vela y bogamos a remo, ejercicio al que soy afi-

cionado. Suena el golpe de los remos en el agua a intervalos iguales, y adéntrase en el mar nuestra barca, suave y voluptuosamente, mecida por las olas...

Ya apunta el alba... ¡Por fin!... Unos delfines saltan y se zambullen alegremente, apareciendo y desapareciendo a nuestra vista grandes y cerdosos, jabalinos, formando anchos remolinos de espuma a su alrededor. Los pescadores, temiendo que rompan las redes los delfines, no se deciden a tenderlas todavía y llevan la barca más lejos, hasta lugar seguro, donde arrojanlas al mar.

El cielo ha ido encapotándose y se ha formado como una neblina en la línea sin fin del horizonte. Las aguas tienen un color plomizo y torvo. Luego se tornan de un verde sucio, como el color de la aceituna. Triunfa el sol, a la postre, y adquieren ahora una hermosa coloración azul. El tiempo se pone espléndido y el mar se pone manso... Detenemos nuestra embarcación, que tiene un nombre de un gran prestigio lírico, áureo y fragante en la poesía universal: «Beatriz»...

Los pescadores están alegres. Por dos veces han salido las redes bien cargadas, y ellos han comido y bebido abundantemente. Muéstranse muy reconocidos de las viandas con que les hemos regalado, y nosotros estamos complacidos de su alegría. Ríe el sol en el cielo y en el mar y triunfa el azul por todas partes...

Llégase la hora del retorno, y de nuevo se forman unas nubes en el horizonte, negras y espesas, cubriendo la postura del sol... De vez en vez se incendian los bordes de las nubes, y entre sus desgarraduras aparece un pedazo del disco solar, maravilloso, rojo, de un rojo incomparable, arrebatadoramente bello... Bájense las nubes y, asomando el sol sobre ellas, dorándolas por la cumbre, semejan una cordillera absurda y hermosa de montañas picudas y oscilantes... Desaparecen, al cabo, y queda solo, magnífico, emocionante, el globo encendido del sol... Se explica bien el encanto y la superstición de algunas religiones indias. Acomete el deseo de arrodillarse.

Sobre el mar queda un reguero centelleante, que fué de oro y ahora es de fuego... El sol ya hundiéndose con una solemidad imponderable, siempre rojo, siempre augusto, siempre rey... El cielo va oscureciéndose y el reguero que iluminaba las aguas va perdiendo luminosidad, y ya no es fuego, sino sangre... Ocúltase el sol, al fin, dejando una estela rojiza que flota a ras del agua, en el punto lejano por donde se hundió, y otra vez aparece, navegando a través del cielo, como una milagrosa embarcación mística, la góndola de plata de la media luna...

Los pescadores charlan alegremente. Están optimistas y comunicativos. Uno distrae las horas del retorno cantando estos lánguidos «fados» portugueses, de céltico abolengo, tan dulces y sentimentales... Otro narra tremendas escenas en los bancos de Terranova, en las noches de furiosa tempestad, de rayos y de truenos, sobre el mar enfurecido, en frágiles embarcaciones, cuando las rudas y peligrosas bregas de la pesca del bacalao... Cuéntalas a la manera lusitana, con grandes énfasis, apareciendo él en sus narraciones, entre una bizarra y astrosa multitud de marinos ingleses, italianos y españoles, que nos presenta brava y pintorescamente, con el prestigio de un héroe legendario...

—¡Bah!—añade, como hombre que se resigna con la crueldad de su destino—. La peor no me ha llegado todavía, porque la peor será en la que muera y aun

no he muerto. Nosotros ya sabemos que, antes o después, nos tragará el mar. Cuéntales a sus «excelencias»—dice, dirigiéndose a otro marinero—lo que nos ocurrió este dos de mayo.

Yo me vuelvo hacia el aludido y siento súbitamente una enorme emoción. El gesto trágico que acaba de adquirir el rostro curtido y moreno de este hombre me conmueve reciamente.

—No puedo—balbuceo roncó—; ya sabes que no puedo. ¿A qué viene hablar de eso ahora? ¿No sabes que no puedo? Cuéntalo tú.

—De ningún modo—exclamo—. Si este hombre no quiere que se hable de ello, hablemos de otra cosa.

El aludido clava en mí sus ojos con grande y conmovedor agradecimiento, con una mirada de perro fiel, y dice bajosamente:

—Ya que se ha dicho, que lo cuente.

Todos se han puesto tristes. Hay un silencio dramático y yo no me atrevo a mirarles a las caras, terrible y repentinamente angustiosas. Miro al mar, que ahora está pródigo de matices: negro, gris, azul, verde, amarillo, blanco deslumbrante... Los faros de Figueira y del cabo Mondego brillan en la lejanía... Buarcos y Figueira, con sus casitas blancas y sus luces policromas, son como grupos de gavilotes, reposando en la noche, entre una floración fantástica y luminosa...

Y el marinero, rompiendo el silencio y avivando la emoción de todos, cuenta una espantosa escena, para la que no hay palabras suficientemente expresivas de terror y de dolor.

He aquí lo sustancial: Antes del día, con el viento bonancible y el mar manso, salió de Buarcos «Nuestra Señora de la Encarnación», tripulada por veinte marineros. Al atardecer se desencadenó, rebramante y horripante, una violenta tempestad de viento. De mayores se habían librado y no quisieron precipitarse a recoger la vela. Pero el viento arreció todavía más, bamboleano la barca frenéticamente, y «Nuestra Señora de la Encarnación», azotada por el ciego y horrible ímpetu de las olas, vencida por el vendaval, tumbóse de un costado. Los veinte pescadores fueron al agua. Las primeras horas, nadando a ratos y otros aferrándose a la barca, fueron defendiéndose con la esperanza de que desde alguna otra embarcación les viesan y acudieran en su auxilio. Pero no se veía una en todo el mar, y ellos no se atrevían a separarse de la suya, anegada y medio hundida, porque las olas eran tremendas y la marejada furiosa, y a nado no hubieran podido ganar la playa. Se hizo noche cerrada. Rugían las olas y los vientos. Entre el espanto y la desolación de la noche clamó la voz de un rapaz:

—¿Y mi padre? ¿Dónde está mi padre?

—¡Adelante, valiente!—le contestaron—. ¡Ocupate de nadar, y adelante! ¡Ya estamos, cerca! ¡No pierdas la barca! ¡Adelante!

—¿Y mi padre?—tornó a preguntar con desaliento el chico.

—¡Déjate de eso, y duro, nada duro, rapaz, que ya estamos en tierra!

—¡Padre! ¡Padre!—gritó trágicamente el mozo.

—¡Vamos, calla, que tu padre está con Dios!—replicó una voz áspera.

Y en aquel instante, como si el muchacho se hubiera convertido en hierro, desapareció para siempre entre las olas.

Tras el rapaz aquel, a intervalos desiguales, y agrandando el terror de los otros, fueron desapareciendo catorce marineros más... Al romper el día sonó implorante otra voz:

—¡Padre, un beso, que me muero! ¡Que no puedo más! ¡Un beso, padre! ¡Que le juro a usted que me muero!...

Volvióse el padre, agarrado a la barca como estaba, y tirando del hijo:

—¡Animo, hijo! ¡Por Dios, ánimo! ¡Ya estamos en tierra!

—¡Un beso, padre! ¡Padre!...

Y al recibir el beso aquel quedóse muerto.

Entonces ocurrió algo inconcebible. El padre desafió la faja y se ató el cuerpo del hijo a la cintura. Así, atado al cadáver del hijo, aferrado a la barca, en el hirviente y revuelto mar, rezando y blasfemando, extenuado y enérgico, luchó horas y horas hasta ganar tierra...

¿Concebís algo parecido? Desde el infierno dantesco hasta «El jardín de los suplicios», de Mirabeau, pasando por «El rey Lear», ¿habrá algo más horriblemente espantoso? ¿Es posible un mayor dolor y una más negra tragedia?...

—Pero ¿cómo pudo ser eso?—pregunto.

—¡Pudo ser, pudo ser!—exclama sollozando el marinero que se negó a contar el hecho—. ¡Aquel rapaz era mi hijo y yo el que le llevé muerto hasta la playa, atado por la faja a mi cintura, para dárselo a su madre!...

Estamos consternados, silenciosos... Sólo se oye el sollozar, contenido y ronco, de este grande y bravísimo sin ventura, rimando con la elegía áspera que dice el viento al chocar contra la vela tendida...

Y yo pienso en el crimen que cometamos todos, todos los que, indiferentes, hablando de cosas frías en la playa, vemos llegar estos lanchones pescadores, tendida al viento la vela y repletos de estos pescados rutilantes, que nosotros adquirimos después por un puñado de miserable calderilla...

Alberto VALERO MARTIN

PASAR...

ORDINARIAMENTE hacemos una vida superficial, externa, de una actividad que se traduce en hablar mucho, ir a todas partes, dormir poco y comer de prisa. Por esto despiertan en nosotros cierto interés y extrañeza esos señores tranquilos, callados, meditabundos, que no sabe uno si filosofan o sueñan. Estanislao es un tipo así. Pasa ya de los cuarenta y ha medrado poco. Antes solía encontrármelo por ahí algunas veces; pero desde que se casó, va para diez años, hizo de su hogar un retiro, torre de marfil, cárcel o como quiera llamársele, y no lo he vuelto a ver por ninguna parte. Creo que estaba algo enfermo: el corazón, el estómago..., ¡no, no!, el corazón. Ahora lo recuerdo.

Pues verán ustedes qué cosas tan raras suceden en la vida. Esta mañana, después de cinco años sin verle ni acordarme de él, se me representó como si lo tuviera delante, muerto, tendido sobre el sofá de mi despacho. Verdad que he pasado una noche horrible, soñando disparates. Además está la mañana triste, hace frío y continúa lloviendo.

—¡Pobre Estanislao! Qué tonterías piensa uno...—Y me he puesto a leer el periódico. Después he salido a la calle y, de pronto, viendo de lejos a un caballero, aceleré el paso llamando: «¡Estanislao! ¡Estanislao!» No era él. Luego he vuelto a casa, he querido trabajar...; pero a cada instante me parecía verle, oírle... ¿Por qué pensaré yo tanto en Estanislao? ¡Qué cosa más rara! Al fin, después de comer, nervioso ya, he determinado ir a su casa.

—¡Hola, Estanislao! ¿Qué tal?

—¡Hombre, Manolo, cuánto tiempo!... Reina en la casa un gran silencio. He saludado a la señora, que es una mujer vulgar, al parecer. Ella se ha retirado, no sin poner antes en orden unas sillas.

El despacho es modesto y oscuro. Sobre la mesa hay un libro de Edgardo Poe. A Estanislao, a pesar de su buen aspecto (gordo, colorado), se le nota que no está bien; se fatiga mucho al hablar.

—Si supieras, Manolo, cómo te esperaba!... Estoy acordándome de ti toda la mañana.

—¿De veras?

—Toda la mañana. ¿Cuánto hace que no nos vemos? Desde el día aquel de los toros... Lo menos cinco años.

—Sí.

—Pues tenía ganas de verte. Yo salgo poco, casi nada. Me canso. No puedo con la escalera... ¡Este corazón! Tengo poca vida, Manolo.

—¡Vamos, hombre!—exclamó yo riendo, como solemos hacer estúpidamente siempre que deseamos dar ánimos a un enfermo.

—No, no. Ahora va de veras—dijo—. Es más, tengo el presentimiento de que hoy, hoy mismo emprendo la marcha.

—¡Por Dios, hombre!

—¡Cállate, que no te oiga mi mujer! ¿A cuántos estamos?

—A quince.

—Sí. A quince. Es jueves—y calló, como repitiendo esta fecha para grabarla en su memoria—. Verás: Yo, aunque me relaciono poco, conservo algunos amigos; pero da la casualidad de que no he pensado en nadie más que en ti. «Si yo viera a Manolo, si viniese Manolo!» Esta mañana, cuando me sentí mal de verdad, me entró un gran deseo de hablar mucho, de hablar con alguien que me escuchase y me comprenda. Te recordé. Tú eres inteligente y atento... Nos hemos querido... como amigos. Refirir, no creo que hayamos refirido nunca.

—Nunca.

—Y yo te he apreciado siempre, a pesar de mis rarezas... No me interrumpas. Te hablo sin adulación... Ya me conoces.

—Te creo, hombre, te creo; pero no te fatigues.

—No importa. Pues, como decía, yo espero la muerte con tranquilidad y hasta con curiosidad... De esto no puedo hablar con mi mujer; pero contigo sí. Un amigo nunca es como un hijo, un hermano... Si mi mujer me oyese, ¡santo Dios! lloraría como una tonta. Y he aquí por qué si tú no llegas a venir, me vería privado de este gran placer de las últimas horas de mi vida. Y verás lo que me preocupa: ¿qué habrá detrás de la muerte? No, no me digas lo que piensas, porque seguramente no piensas nada, como todo el mundo. Entretenidos en las ansias mil de vivir, no os detenéis a meditar sobre el gran Misterio. Yo, sí. Cuántas veces, delante de un cadáver, me hice esta pregunta: «¿Qué habrá después? Este hombre muerto, ¿ha dejado de ser en absoluto? ¿Hay algo más?» ¡Oh, qué desvelos me ha causado esta duda! Mira, asómate al balcón. ¿Lo ves? Ese automóvil hace diez años que lo veo pasar todas las tardes. Era de la condesa de Tirreme. Los dos primeros años pasaban la condesa y su hija. Murió la condesa y vi pasar después a su hija y a un señor grave, que creo era un tío suyo. Luego falleció el tío, casó la niña, y ahora los que van en él son ellos, los herederos. Pero también morirán, y llegará un día en que los vecinos de estas casas modernas puedan decir, como yo: «Ese automóvil era de los condes de...» Y esto es toda la vida: pasar, pasar nada más.

Eran las cuatro de la tarde. Estanislao, sentado en el sillón de la mesa, junto al balcón, miraba con vaguedad la perspectiva borrosa de la calle y hablaba de la muerte con una serenidad filosófica, emocionante. Queriendo apartarle de aquella obsesión, dije:

—Escúchame...

—¡No me interrumpas!—exclamó vivamente—. Son un gran placer para mí estas reflexiones. Conozco que se acerca el momento. ¡Calla, que no se alarme mi mujer! Tú recordarás siempre esta conversación, y seguramente cuando llegues tu hora, si estás en plena posesión del conocimiento, pensarás como yo. La gran duda va a disiparse. Pronto sabré la verdad, que bien pudiera consistir en no saber nada. Eso es lo que me apena. ¡Mira! Aquel viejo que va a la taberna pide limosna, se emborracha y ríe. No es filósofo porque no piensa en el Misterio, que le acecha, aunque esa misma inconsciencia bien pudiera ser una superior filosofía. ¿Y aquel niño? ¿Qué será mañana ese chiquillo? ¿Cuántos problemas sin solución! Siento que me voy. ¿Volveré a ver este cielo, esta casa, este paisaje desde la otra vida? ¿Hay otra vida? ¿Adónde vamos? ¡Qué hermosa es la luz! Nunca

ha sido tan hermosa como ahora, en esta última tarde... Estoy acabando de pasar. ¡No me llames!... Ya se descorre el velo del gran Misterio... ¿Podré decirte algo?

Ha muerto. Recostado sobre el sillón, descansa, como dormido. ¿Por qué pensé en ti esta mañana? ¿Acaso me llamaste? No me dices nada. Ya estás en posesión del gran Misterio. ¿Cuándo lo estaré yo?

Roberto MOLINA

LECTURAS

Nuestro compañero en la Prensa A. R. Bonnat, cuyo nombre como escritor festivo es tan popular, ha publicado una novela, titulada «Jacinta Ruiz», en la que resplandece el espíritu de fina observación y gracejo en los incidentes y de amenidad en el lenguaje, que son la característica de este gracioso escritor.

Por las páginas de «Jacinta Ruiz» desfilan tipos y situaciones de actualidad, fiel reflejo de cosas vistas en el Parlamento, en el teatro y en la política. Bonnat ha tenido gran acierto al escribir esta novela humorística, que ha de ser leída con agrado por todos, en la seguridad de que, recorriendo sus páginas, se halla sano entretenimiento y franco regocijo; cosas ambas logradas a través de un argumento interesante.

Hemos recibido una novela gallega, titulada «Névea», original de la poetisa doña Francisca Herrera y Garrido.

«Fermína Márquez», por Valery Larbaud, y «La faule d'autrui», de Henri Ar.

del, son las últimas novelas publicadas por la Casa Plon-Nourrit, de París.

La Junta superior de excavaciones y antigüedades ha publicado una Memoria sobre los resultados obtenidos en las exploraciones practicadas en extramuros de la ciudad de Cádiz durante el pasado año 1918.

Ha aparecido el tomo X de las Obras completas de D. Manuel Linares Rivas, que publica la Editorial Hispania.

Contiene las aplaudidas comedias «Como buitres» y «La fuerza del mal».

Fernando Mora, escritor de tan fecunda pluma, acaba de lanzar a la venta una nueva novela, titulada «La Magdalena en el Colonial», cuadro de costumbres del picaresco vivir madrileño.

Las últimas obras publicadas por la «Colección Universal», que tan loable labor de divulgación viene realizando, son las siguientes:

«Mi prima Filis», de Mrs. Gaskell; «El caballero Des Touches», de J. Barbey D'Aurevilly; «Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida», de Juan Pedro Eckermann (dos tomos); «Malva y otros cuentos», de M. Gorki; «Hector Fidramosca», de Massimo D'Azeglio; «Clavijo», de J. W. Goethe; «Los trabajos de Persiles y Sigismunda», de Miguel de Cervantes; «Vidas paralelas», de Plutarco; «Daniel Cortis», de Antonio Fogazzaro; «Rafael», de A. de Lamartine; «El conde Kostia», de Víctor Cherbuliez; «La tragedia de Mácheth», de W. Shakespeare; «La primavera de la vida», de Nicolás Garin; «Discurso preliminar de la Enciclopedia», de D'Alembert, y «Cuadros de viaje», de Enrique Heine.



AGUAS DEL INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

≡ BÓVEDA (LUGO) ≡

Ayuntamiento de Madrid

CARLOS

FÁBRICA DE RELOJES

FUENCARRAL, 27

MADRID

CERTIFICADO
DE GARANTIA
CON CADA RELOJ

OPPEL

HELIOS